

Menú de Pascua para el funeral

MERCEDES AURORA BLANCO RODRÍGUEZ

*En tiempos de penuria
los caníbales se sientan a la mesa
a comerse su propio corazón.*

POR LA SANGRE de Bernabela Malvarejo hacía tiempo que no corría la primavera. Se había hecho vieja antes de tiempo desesperada de tanto esperar tanto que sus tribulaciones se convirtieran milagrosamente en venturas.

Los caprichosa del destino le mermaron el gozo desde que llegó al mundo, alumbrada huérfana por la fiebre puerperal que le arrancó de cuajo a la madre apenas estrenada, sin permitirle a la recién nacida gustar el placer goloso de la leche tibia manando del pezón.

La existencia de la Bernabela permaneció siempre en periodo de adviento condicional: si llovía, se gozarían los frejones; si calentaba el sol, madurarían las moras; si el cielo generoso chorreaba chaparrones, se llenaría el pozo; si su padre se emborrachaba, recibiría la paga de la correa en su espalda por encontrar la cena sin sustancia, si crecía un poco más, podría encontrar novio.

Y lo encontró.

Para su desgracia, a los quince años, se topó con Orestes Inacabado, mozo bien plantado a pesar del apellido, y a decir de los vecinos viva prolongación del padre de ella en cuanto a borracheras y violencia.

La Bernabela desoyó comparaciones y se aferró al cuerpo del Orestes en una desesperación incontrolada que acabó en casorio antes de llegar a la mayoría de edad.

Con un marido trabajador ferroviario se sentía la Bernabela la mujer más realizada del mundo. Un sueldo fijo le permitiría tener hijos, los hijos que le negaba su madre muriéndose de los esfuerzos del primer parto, dejándola desamparada de hermanos que le apaciguaran el desconsuelo.

Con esta idea parió al primero. El segundo llegó por desquitarle las malas mañas al primogénito. Y el tercero nació porque sí. Porque de repente se encontró con la barriga abultada sin saber qué hacer.

Comprendió tarde que los niños no traían ni un pan debajo del brazo, una felicidad imposible a un hogar con olor permanente a vomitona de vinazo. Las noches en vela se hicieron costumbre esperando al marido, la cena en la mesa, la cama a punto para los desahogos amorios del macho que bramaba obscenidades por su boca de animal en celo.

En casa de la Bernabela pasaban del potaje de garbanzos con acelgas y algunas raspas de bacalao seco, obligatorio en tiempo de cuaresma, a las patatas con carne y pimentón el domingo de la Pascua Florida.

Orestes Inacabado acertó a morir, por sorpresa el Sábado de resurrección en una espectacular bajada de un tren en marcha de regreso de una de sus tantas francachelas. En el más alto grado de alucinación abrió la puerta y el viento a contra marcha se le metió en los ojos cegándole paisajes. Pensó que la máquina se había detenido para su descenso, y toda su corpulencia cayó rodando siendo absorbida por la fuerza de los vagones que lo arrollaron sin piedad, pasando por encima todas las ruedas del lado izquierdo.

En la caja de la vía, la mala sangre de Orestes Inacabado sembró amapolas entre el balasto, y la carne adherida a los raíles, y esparcida sobre las traviesas en las que se sentaba para saciar su sed de alcohólico irredento, confirmaba el óbito recién acontecido.

Cuando la guardia civil llamó a la puerta con el triste recado, la mujer se acordó de decir: *¡Ay María Santísima bendito sea Dios!* Expresión que el Casero no entendió bien del todo y que achacó al estado azorado de la viuda.

A la Bernabela lo único que se le vino a las mientes en momento tan trágico, fueron los tres hijos que aún tenía por criar. Por eso se acongojó y lloró en el umbral, en presencia de los dos agentes del benemérito cuerpo, que le ponían la mano en el hombro tratando inútilmente de paliar su desconsuelo.

No tanto le importó saber que al difunto tenían que reconstruirlo una vez que se hallaran todos los trozos desperdigados por la vía férrea y por el terraplén de bajada entre canchales y carrascos.

La Bernabela suspiró aliviada al tocarse todavía entumecidos los cardenales negros, como tarde de tormenta, en su muslo derecho, bajo la falda que ocultaba tanta violencia inconfesable, tantas cicatrices achacadas a sus propias torpezas. Porque Orestes Inacabado era a los ojos de los demás un tío simpático, dicharachero y cariñoso, que el día de paga le compraba a los críos alguna chuchería, y corría con todas las rondas de la taberna hasta que el jornal se reducía a la mitad, después de bien alucirinado, que iba por la calle de lado a lado, cantando o blasfemando, según le diera el aire.

El puzzle del muerto quedó incompleto a falta del antebrazo izquierdo y de la mano, en cuyo dedo anular se le habían quedado incrustados el sello de oro comprado a plazos, y el anillo de boda enterrado en la carnosidad velluda como una maldición.

Durante toda la noche fueron llegando dolientes al velatorio: suegros, cuñados, tíos, primos, padrinos. Todos contaban excelencias del finado, bondades que la Bernabela ni se las suponía, ni aun de niño de primera comunión. Venidos de lejos para el sepelio, no le quedaba otra alternativa que, en consideración al desplazamiento, invitarles al menos a comer. Mentalmente comenzó a hacer el inventario de las existencias en el frigorífico y halló tan poca cosa que lloró de humillación ¿qué podía hacer con unas patatas, cuatro huevos y una lata de sardinas para gente tanta?

Los parientes protestaron en alto cuando ella prefirió la incineración recién inventada (estrenó el crematorio comarcal el Orestes) a la sepultura tradicional por la que le pedían un dinero que no tenía y se negó a empeñarse de por vida, y a obligarse a ir a cada uno de noviembre a fregarle la losa a su verdugo. Así que firmó y después del funeral en el que el cura recitó virtudes imposibles, viajaron hasta el crematorio en el que entregaron un cofre conteniendo

los rescoldos tibios de Orestes Inacabado, que ni amante, ni amigo, ni esposo fiel le fue nunca en vida.

Los dolientes lamentaban el triste final del difunto católico, y apostólico romano, convencido, y prácticamente ferviente desde que tuvo uso de razón: *¡A hijo de mis entrañas! Como un hereje, te han quemado en la pira de los malvados. ¿Cómo vas a resucitar el día del Juicio Final desperdigado por ahí? Con lo tranquilo que hubieras partido al Valle de Josafat de haber hecho las cosas como Dios manda.*

Luego se sonaba los mocos y lloraba de verdad. Porque no hay dolor más grande para una madre que perder a un hijo parido con amor, por muy animado que el tiempo te lo vuelva.

El cortejo fúnebre se dirigió después por el cortafuegos hasta el kilómetro trece de la línea férrea, punto exacto en el que se produjo el fatal desenlace, la Bernabela lanzó al aire aliviada el polvo al que quedó reducido el hombre que alardeaba de una corpulencia extraordinaria y una fuerza capaz de levantar un coche con los dientes. Se quedó mirando al infinito, y para sus adentros se regocijó culpable de un sentimiento tan inoportuno.

Al mediodía, la casa se llenó de ojos llorosos y estómagos hambrientos en espera de un bocado que llevarse al paladar deshabitado. Cuando sonó el timbre, inaudible para la concurrencia que hablaba y opinaba sin cesar a voz en grito, sólo la Bernabela lo escuchó. Abrió forzando el gesto condolido y se encontró ante ella con un hombre que dijo ser pastor y haberse topado sin querer con el antebrazo de Orestes Inacabado, el cual portaba con sumo cuidado en unas alforjas que se balanceaban en sus hambros. Se lo agradeció y lloró abrazada a la bolsa de lona sanguinolenta, mientras lo despedía con un Dios se lo pague y pensaba la forma de deshacerse de aquel trozo de carne, que de incinerarlo le cobrarían el servicio entero por segunda vez. Lo guardó al fresco en la nevera hasta decidir qué hacer con él, mientras continuaba pelando patatas y picando cebollas que le compungían la mirada y agudizaban su imaginación que a fuerza de exprimirla le dio finalmente la solución al menú.

Cuidadosamente sacó del frigorífico el pedazo de carne *el* Orestes. Chamuscó el antebrazo con la llama de la vela gastada en la palmatoria, la que usaba con amenaza al muerto quemándole el cabello. Lo lavó con vinagre, lo deshuesó minuciosamente y a trocitos lo puso en la olla de barro a rehogar con la cebolla.

picada, dos dientes de ajo y unas hojas de laurel, como correspondía a una comida de Pascua de resurrección. Luego añadió las patatas, y el olor delicioso del guiso se extendió por la casa como un manjar de reyes, mientras ella respiraba el vaho y le iba recordando a su verdugo: *¿Sabes que no me gusta esto? Pero vaya por el bocado que me pegaste en el muslo, del que guardo la cicatriz como una marca de guerra, que me tuvo en el hospital un mes porque no me prendían los injertos, y el niño chiquinino, el pobre, sin poder mamar la rabia de mis pechos, llorando por tenerme apenas comenzada su existencia. Al fin y al cabo, lo de utilizarte para dar sustancia es una necesidad. lo tuyo era pura bestialidad. Por dar placer al instinto salvaje que te consumía de puertas para adentro. Los hijos no han llorado. El mayor ha preguntado sólo ¿ya no volverá padre? Y cuando le he contestado que jamás, ha corrido como loco por la casa saltándose la prohibición de hacer ruidos y movimientos que molestaran tu paz. Nosotros comeremos arroz blanco, fingiré una diarrea, por el susto, o el agua del pozo que nos hacías beber. Te digo que lo siento. Que siento que seas yantar para calmar el hambre de los tuyos. Pero por una vez podrás ser generosamente útil. Por una única vez y última vez, maldito Orestes.*

Tras bendecir la mesa, alabaron los parientes la buena disposición de la Bernabela para cocinar: *que con nada te prepara un plato exquisito, a pesar del dolor*, comentó la suegra eructando pena por las comisuras grasientas.

Los huesos rebañados no los echó la Bernabela, como de costumbre, en el cuenco del perro. Los introdujo en un calcetín y, al atardecer, cuando los dolientes habían desaparecido y el horizonte se teñía violeta, los enterró a la orilla de la vía florida de la Pascua. Después, en desagravio, le rezó un padrenuestro y miró al cielo. Ni un pájaro rubricó adioses negros contra el crepúsculo malva. Y una paz inédita se dejó sentir en el ambiente. Como si los dioses justicieros hubieran acudido a su llamada. Como si un ángel de la guarda vengador se hubiera instalado a la puerta de su casa protegiendo a sus hijos.

Al lubricán, el viento sabía a comida de Pascua y a vino vendimiado pintándole el gozo en los labios viudos de risas. Los niños cantaron a gritos ajenos a su recién estrenada orfandad. La madre Bernabela coreó el estribillo olvidado en los hondones de su soledad, a pesar de que ya vistiera luto riguroso cubriéndole las cicatrices que le insultaban la desnudez aún túrgida. A pesar del amor que la hizo desgraciada. lo mismo que en los tangos que, como una advertencia, solía cantarle Orestes Inacabado antes de enamorarla. Mucho antes de que ella sospechara que el amor podía tornarse en muerte cada noche.